

Cultura cibernética y sistemas complejos: la CCRU como laboratorio epistemológico de la cultura contemporánea

Gerardo Vázquez Rodríguez ⁽¹⁾

Resumen: Este artículo examina la producción intelectual de la *Cybernetic Culture Research Unit* (CCRU) como un antecedente relevante para comprender la cultura contemporánea desde la perspectiva de los sistemas complejos adaptativos. A partir de una revisión crítica de literatura y de un análisis conceptual, el trabajo propone reinterpretar algunas de las intuiciones desarrolladas por este colectivo —particularmente la noción de hiperstición— dentro de un marco teórico que articula teoría de la complejidad, estudios sociotécnicos e imaginarios sociales. El análisis muestra que las narrativas culturales asociadas con el futuro tecnológico no operan únicamente como representaciones simbólicas, sino como configuraciones informacionales capaces de influir en la organización de expectativas colectivas y en las trayectorias de desarrollo tecnológico. Desde esta perspectiva, la cultura puede comprenderse como un sistema informacional dinámico en el que circulan narrativas, símbolos e imaginarios que participan activamente en la reorganización de los sistemas sociotécnicos. En este sentido, el artículo sostiene que el trabajo del CCRU anticipó una comprensión de la cultura cibernética como un entorno caracterizado por intensas dinámicas de retroalimentación entre información, tecnología y organización social. Finalmente, se argumenta que integrar estas reflexiones con los enfoques contemporáneos de la teoría de la complejidad permite desarrollar herramientas analíticas más robustas para estudiar la interacción entre imaginarios culturales, innovación tecnológica y transformación social.

Palabras clave: cultura cibernética - hiperstición - imaginarios sociotécnicos

[Resúmenes en inglés y portugués en las páginas 42-43]

⁽¹⁾ Ver CV en pág. 43

1. Introducción

Durante las últimas décadas, las transformaciones asociadas con la expansión de las tecnologías digitales, la intensificación de los flujos de información y la creciente interconexión entre sistemas sociales y tecnológicos han modificado profundamente las condiciones bajo las cuales se produce y circula la cultura. Estos procesos han obligado a replantear las categorías tradicionales con las que las ciencias sociales y las humanidades han intentado comprender los fenómenos culturales. En efecto, la idea de cultura como un conjunto relativamente estable de prácticas, valores o representaciones ha sido progresivamente sustituida por una visión más dinámica, en la que los procesos culturales aparecen vinculados a redes complejas de interacción entre actores humanos, infraestructuras tecnológicas y sistemas simbólicos. Desde esta perspectiva, la cultura puede entenderse como un campo de producción y circulación de información que se reorganiza continuamente mediante procesos de retroalimentación, interacción y emergencia (Bateson, 1972; Morin, 2008; Mitchell, 2009).

Este desplazamiento conceptual se inscribe en un movimiento intelectual más amplio que ha buscado comprender los fenómenos sociales y culturales a partir de marcos teóricos inspirados en la cibernética, la teoría de sistemas y los estudios de complejidad. Desde los trabajos fundacionales de Norbert Wiener sobre control y comunicación en sistemas biológicos y artificiales, hasta las contribuciones posteriores de Gregory Bateson acerca de la ecología de la mente, la idea de que la información constituye un elemento organizador fundamental de los sistemas complejos ha adquirido una relevancia creciente en la interpretación de los procesos sociales (Wiener, 1948; Bateson, 1972). En este horizonte, diversos autores han sugerido que los sistemas culturales pueden entenderse como configuraciones dinámicas en las que circulan narrativas, símbolos y representaciones que influyen activamente en la organización de la vida social. La cultura, en este sentido, no sería solo un reflejo de estructuras preexistentes, sino un sistema informacional capaz de participar en su producción y reorganización.

Dentro de este horizonte intelectual, la *Cybernetic Culture Research Unit* (CCRU) constituye un caso particularmente significativo. Fundada a mediados de la década de 1990 en la Universidad de Warwick, en el Reino Unido, esta unidad de investigación se configuró como un espacio experimental en el que convergieron filósofos, teóricos culturales, artistas y programadores interesados en explorar las implicaciones culturales de las tecnologías digitales emergentes. Bajo la influencia inicial de Sadie Plant y posteriormente de Nick Land, el CCRU desarrolló una producción intelectual caracterizada por su carácter interdisciplinario, su estilo especulativo y su deliberada transgresión de los formatos académicos convencionales (Land, 2011; Plant, 1997).

Los textos producidos en el contexto del CCRU combinaron referencias provenientes de la filosofía continental¹, la cibernética, la teoría cultural, la ciencia ficción y la cultura digital emergente. Esta mezcla de registros discursivos dio lugar a una forma particular de escritura que algunos autores han descrito como *theory-fiction*², esto es, una práctica teórica que incorpora elementos narrativos y especulativos como parte del propio proceso de producción conceptual (Fisher, 2018; Mackay, 2012). Más allá de su heterodoxia formal, esta estrategia buscaba explorar las formas en que las narrativas culturales, las tecnolo-

gías emergentes y los procesos sociales interactúan y generan configuraciones culturales inéditas.

Aunque el CCRU ha sido analizado en el ámbito de la filosofía contemporánea y los estudios culturales, su pensamiento ha sido menos explorado desde la teoría de sistemas y los estudios de complejidad. Esta omisión resulta llamativa si se considera que muchas de las intuiciones presentes en sus textos apuntan hacia una comprensión de la cultura como un sistema dinámico de información. En diversas ocasiones, los autores asociados al CCRU abordaron fenómenos como la propagación de narrativas culturales, la circulación de ficciones tecnológicas y la interacción entre redes informacionales y estructuras sociales. Formulados en su momento en un lenguaje filosófico o especulativo, estos temas guardan una afinidad notable con los enfoques contemporáneos que interpretan los procesos culturales como dinámicas emergentes propias de sistemas complejos adaptativos.

En particular, el interés del CCRU por los procesos de circulación simbólica y por la capacidad de ciertas narrativas culturales para reorganizar imaginarios colectivos sugiere una aproximación a la cultura en términos de flujos informacionales. Desde esta perspectiva, las ideas, las mitologías tecnológicas o las ficciones culturales no actúan únicamente como representaciones simbólicas, sino como elementos capaces de influir en las expectativas colectivas, orientar procesos de innovación e incluso modificar la organización de los sistemas sociales. Este fenómeno se relaciona con dinámicas de retroalimentación ampliamente estudiadas tanto en la cibernética como en la teoría de sistemas complejos, donde ciertos patrones informacionales pueden amplificarse dentro de una red y producir transformaciones estructurales en el sistema que los genera (Holland, 1995; Mitchell, 2009).

A partir de estas consideraciones, el presente artículo sostiene la siguiente tesis: *la producción teórica desarrollada en el contexto del CCRU puede interpretarse como un laboratorio epistemológico que anticipa una comprensión de la cultura contemporánea como un sistema complejo adaptativo de producción simbólica*. Bajo esta lectura, las narrativas culturales, las tecnologías digitales y los imaginarios colectivos no constituyen esferas independientes, sino componentes interdependientes de un sistema dinámico en el que la información circula, se transforma y se estabiliza temporalmente en configuraciones culturales emergentes.

Para abordar esta tesis, el trabajo adopta un enfoque teórico-interpretativo basado en el análisis conceptual y en la revisión crítica de literatura. El objetivo principal consiste en examinar un corpus intelectual específico —los textos producidos en torno al CCRU— y situarlo dentro de un marco conceptual más amplio vinculado con la teoría de sistemas y los estudios de complejidad. Este tipo de aproximación resulta particularmente adecuado para el análisis de fenómenos culturales y epistemológicos, donde la reconstrucción conceptual y la interpretación crítica constituyen herramientas centrales para comprender la evolución de determinadas corrientes de pensamiento (Creswell y Creswell, 2018; Morin, 2008). Desde esta perspectiva, el análisis del CCRU permite abrir un espacio de diálogo entre distintas tradiciones teóricas que, aunque surgidas en contextos diferentes, comparten preocupaciones similares acerca de la relación entre información, cultura y organización social. La convergencia entre teoría cultural contemporánea y estudios de complejidad sugiere que los procesos culturales pueden analizarse como dinámicas emergentes que se desarrollan en redes de interacción cada vez más densas y tecnológicamente mediadas. En

un contexto histórico marcado por la expansión de las infraestructuras digitales y la aceleración de los flujos de información, comprender estas dinámicas resulta fundamental para examinar cómo los imaginarios colectivos se producen, se transforman y eventualmente se estabilizan en las estructuras culturales que organizan la vida social.

En este sentido, el CCRU puede ser entendido no solo como un episodio particular dentro de la historia reciente de la teoría cultural, sino también como una experiencia intelectual que anticipó algunas de las preguntas centrales que hoy ocupan a los estudios de complejidad y a la filosofía de la tecnología. Explorar esta convergencia no solo permite situar históricamente la producción del CCRU, sino también ampliar el horizonte teórico desde el cual pueden analizarse las dinámicas culturales en la era de las redes digitales.

2. Origen y contexto intelectual del CCRU

Para comprender la singularidad del proyecto intelectual desarrollado por la CCRU, resulta necesario situarlo dentro del contexto histórico e intelectual en el que emergió. Como se ha señalado, el colectivo surgió a mediados de la década de 1990 en la Universidad de Warwick, en un momento caracterizado por la expansión de las tecnologías digitales, el desarrollo de internet y la creciente centralidad de la información como elemento estructurador de la vida social. Sin embargo, más allá de su localización institucional, el CCRU debe entenderse como el resultado de una convergencia particular entre corrientes filosóficas, culturales y tecnológicas que marcaron el final del siglo XX.

Como mencionábamos anteriormente, en el plano filosófico, una de las influencias más importantes en la formación del pensamiento asociado al CCRU proviene de la filosofía continental, particularmente de las obras de Gilles Deleuze y Félix Guattari. En textos como *Anti-Oedipus* y *A Thousand Plateaus*, estos autores propusieron una visión de la realidad social y cultural como un entramado de flujos, intensidades y procesos de devenir que desbordan las estructuras rígidas de interpretación tradicionales (Deleuze y Guattari, 1983, 1987). En lugar de concebir la sociedad como un sistema jerárquico organizado alrededor de instituciones estables, introdujeron conceptos como el de rizoma, mediante el cual describieron formas de organización descentralizadas, heterogéneas y en constante transformación.

Esta concepción de la realidad social como una red dinámica de relaciones influyó profundamente en la manera en que diversos pensadores de la década de 1990 comenzaron a interpretar los efectos culturales de las tecnologías digitales emergentes. La metáfora del rizoma resultó especialmente sugerente para describir la arquitectura distribuida de internet y las nuevas formas de circulación de información que comenzaban a configurarse en las primeras comunidades digitales. En ese sentido, el pensamiento “Deleuziano” ofrecía un vocabulario conceptual especialmente fértil para pensar fenómenos culturales que escapaban a los modelos jerárquicos tradicionales.

Junto a esta influencia filosófica, el contexto intelectual del CCRU estuvo también marcado por la recuperación de la tradición cibernética. Desde mediados del siglo XX, la cibernética había introducido una nueva forma de comprender sistemas biológicos, sociales y

tecnológicos a partir de los procesos de comunicación, control y retroalimentación que los organizan (Wiener, 1948). Posteriormente, autores como Gregory Bateson ampliaron esta perspectiva al proponer que los sistemas culturales podían analizarse como configuraciones de información en las que los procesos cognitivos y comunicativos forman parte de una ecología más amplia de interacciones (Bateson, 1972).

Durante la década de 1990, estas ideas comenzaron a ser reinterpretadas en el contexto de la cultura digital emergente. La expansión de internet, el desarrollo de redes informáticas globales y la creciente interdependencia entre sistemas tecnológicos y sociales estimularon una renovada atención hacia conceptos como red, información y autoorganización. En ese escenario, el CCRU se posicionó como un espacio de experimentación intelectual en el que estas tradiciones teóricas podían ser exploradas desde una perspectiva cultural. El núcleo inicial del CCRU se articuló alrededor de Sadie Plant, quien en ese momento dirigía el programa de investigación sobre cultura cibernética en la Universidad de Warwick. Plant había desarrollado investigaciones en torno a la relación entre tecnología digital y cultura contemporánea, particularmente en *Zeros + Ones*, donde analizó el papel de las mujeres en la historia de la computación y las implicaciones culturales de la digitalización (Plant, 1997). Su trabajo proponía una lectura de la cultura digital que vinculaba historia de la tecnología y transformaciones más amplias de las estructuras sociales y culturales. Con el paso del tiempo, el CCRU fue adquiriendo una orientación cada vez más experimental bajo la influencia de Nick Land, filósofo que había desarrollado una interpretación radical del pensamiento “Deleuziano” combinándolo con reflexiones sobre inteligencia artificial, capitalismo tecnológico y cultura digital. En los textos producidos durante este periodo, Land exploró la idea de que los procesos tecnológicos contemporáneos podían entenderse como dinámicas autónomas de aceleración que desbordan la capacidad de control de las instituciones humanas (Land, 2011). Aunque estas interpretaciones han sido objeto de debates posteriores, su impacto en el desarrollo conceptual del CCRU fue considerable, particularmente en la exploración de la relación entre tecnología, cultura y emergencia.

Alrededor de estas figuras se congregó un grupo heterogéneo de investigadores y colaboradores que incluía, entre otros, a Mark Fisher, Kodwo Eshun, Ray Brassier y Luciana Parisi. Este colectivo compartía un interés común por explorar las implicaciones filosóficas y culturales de las tecnologías emergentes, aunque sus aproximaciones variaban considerablemente en términos metodológicos y conceptuales. Lo que unificaba sus esfuerzos era una voluntad explícita de cuestionar las formas tradicionales de producción de conocimiento académico y experimentar con nuevos modos de escritura, investigación y circulación de ideas.

Una de las características más distintivas del CCRU fue precisamente su forma de producción intelectual. A diferencia de los grupos académicos convencionales, organizados alrededor de publicaciones especializadas y estructuras institucionales relativamente estables, el CCRU adoptó un modelo más fluido de colaboración. Muchos de sus textos circularon inicialmente en forma de manifiestos, ensayos experimentales o documentos digitales distribuidos a través de internet. Esta estrategia reflejaba tanto las condiciones tecnológicas emergentes de la época como una voluntad explícita de explorar formas alternativas de producción teórica.

En este contexto surgió lo que posteriormente sería descrito como *theory-fiction*, qué como acotábamos, es una modalidad discursiva que combina teoría crítica, especulación filosófica y narrativa ficcional. Esta práctica buscaba desestabilizar la distinción tradicional entre análisis académico y producción cultural, sugiriendo que las narrativas especulativas podían desempeñar un papel activo en la generación de conceptos teóricos (Fisher, 2018; Mackay, 2012). Desde esta perspectiva, la ficción no era un mero recurso literario, sino un instrumento metodológico capaz de explorar escenarios conceptuales aún no plenamente desarrollados por la teoría.

El contexto cultural de la década de 1990 también favoreció la emergencia de estas formas de experimentación intelectual. Este periodo estuvo marcado por un creciente interés en la relación entre tecnología y cultura, impulsado tanto por la expansión de internet como por la proliferación de discursos asociados a la llamada cibercultura. Autores como Manuel DeLanda comenzaron a explorar la manera en que los procesos históricos y sociales podían entenderse como dinámicas complejas emergentes de interacciones entre múltiples agentes humanos y no humanos (DeLanda, 1997). Este enfoque, influido por la teoría de sistemas y la filosofía deleuziana, ofrecía una vía particularmente sugerente para reinterpretar fenómenos culturales desde una perspectiva centrada en la autoorganización y la emergencia.

En paralelo, el desarrollo de las primeras comunidades digitales y de las culturas asociadas con la informática generó nuevas formas de interacción social y producción simbólica. Los espacios virtuales, las listas de correo y los foros en línea comenzaron a funcionar como entornos donde circulaban narrativas tecnológicas, imaginarios futuristas y experimentaciones culturales que desafiaban las categorías tradicionales de análisis sociológico. En este sentido, el CCRU no solo analizaba la cultura digital emergente, sino que también participaba activamente en ella, utilizando las infraestructuras tecnológicas disponibles para producir y difundir sus propias ideas.

Considerado en retrospectiva, el CCRU puede interpretarse como una experiencia intelectual que surgió en un momento de transición entre distintos paradigmas culturales. Por un lado, heredaba tradiciones filosóficas vinculadas con la teoría crítica, el posestructuralismo y la cibernética; por otro, se enfrentaba a un entorno cultural radicalmente transformado por la expansión de las redes digitales. Esta combinación dio lugar a una producción teórica que, aunque inicialmente marginal dentro del ámbito académico, anticipó algunas de las preguntas que posteriormente ocuparían un lugar central en los estudios sobre cultura digital, tecnología y complejidad.

En este sentido, más que entender al CCRU únicamente como un episodio singular dentro de la historia intelectual de la década de 1990, resulta más productivo interpretarlo como un espacio de experimentación conceptual en el que convergieron diferentes tradiciones teóricas interesadas en comprender las transformaciones culturales asociadas con la emergencia de nuevas infraestructuras tecnológicas. Esta convergencia constituye el punto de partida del análisis que se desarrolla a continuación, donde se examina de qué manera las intuiciones presentes en el pensamiento del CCRU pueden ser reinterpretadas a la luz de los enfoques contemporáneos de la teoría de sistemas y la complejidad.

3. Cultura cibernética: hacia una comprensión sistémica de los procesos culturales

Como se indicó en las secciones anteriores, el surgimiento del CCRU estuvo estrechamente vinculado con un momento histórico marcado por la expansión de las tecnologías digitales y la consolidación de nuevas formas de interacción mediadas por redes informacionales. En ese contexto, uno de los conceptos que adquirió especial relevancia dentro de las discusiones del colectivo fue el de cultura cibernética, entendido no solamente como el estudio de la relación entre cultura y tecnología, sino como una forma de comprender los procesos culturales a partir de las dinámicas de información, comunicación y retroalimentación que atraviesan los sistemas sociales contemporáneos.

El término se encuentra estrechamente relacionado con la tradición intelectual inaugurada por la cibernética en la segunda mitad del siglo XX. Como es sabido, Norbert Wiener definió la cibernética como el estudio del control y la comunicación en sistemas animales y máquinas, enfatizando el papel central de los flujos de información en la organización de sistemas complejos (Wiener, 1948). Esta perspectiva introdujo un cambio significativo en la forma de comprender fenómenos biológicos, tecnológicos y sociales, al proponer que la estabilidad y la adaptación de los sistemas dependen de procesos de retroalimentación mediante los cuales la información circula entre sus distintos componentes.

Posteriormente, Gregory Bateson amplió el alcance de esta perspectiva al introducir la idea de una ecología de la mente, en la cual los procesos cognitivos, culturales y comunicativos forman parte de sistemas más amplios de interacción (Bateson, 1972). Desde este punto de vista, la información no se limita a ser un recurso técnico utilizado por máquinas o dispositivos electrónicos, sino que constituye un elemento organizador fundamental de los sistemas sociales y culturales. La cultura puede entonces interpretarse como una red de procesos comunicativos mediante los cuales circulan patrones de información que orientan el comportamiento de individuos y colectividades.

Esta interpretación resulta particularmente relevante para comprender las transformaciones culturales asociadas con la digitalización y la expansión de las redes informáticas. Durante las últimas décadas del siglo XX, el desarrollo de internet y de diversas infraestructuras de comunicación digital generó nuevas condiciones para la circulación de información a escala global (Morales-Holguín, 2019). Estas tecnologías no solo ampliaron la capacidad de almacenamiento y transmisión de datos, sino que transformaron la estructura misma de las interacciones sociales, dando lugar a formas de comunicación descentralizadas y distribuidas que desafiaban los modelos tradicionales de organización cultural.

En este escenario, la noción de cultura cibernética comenzó a utilizarse para describir un conjunto de fenómenos culturales vinculados con la interacción entre sistemas humanos y sistemas tecnológicos. Autores como Sadie Plant subrayaron que las tecnologías digitales no debían interpretarse simplemente como herramientas técnicas, sino como elementos que participan activamente en la reorganización de las estructuras culturales y sociales (Plant, 1997). Desde esta perspectiva, la cultura digital no constituye una esfera separada de la vida social, sino una dimensión que reconfigura los modos en que se producen y circulan las prácticas simbólicas.

Dentro del contexto del CCRU, esta intuición fue desarrollada a través de una serie de reflexiones orientadas a comprender las implicaciones filosóficas de la interacción entre redes informacionales, sistemas tecnológicos y procesos culturales. Como ya se mencionó, el colectivo adoptó una aproximación experimental a estas cuestiones, explorando las formas en que las narrativas culturales, las ficciones tecnológicas y los imaginarios colectivos se propagan y transforman dentro de entornos mediáticos cada vez más complejos.

En este sentido, la cultura cibernética fue concebida como un campo dinámico de circulación de información en el que los límites entre lo tecnológico, lo cultural y lo social se vuelven progresivamente difusos. Las tecnologías digitales no solo facilitan la transmisión de información, sino que generan nuevas formas de organización cultural basadas en redes distribuidas de interacción. Este fenómeno puede ser interpretado a la luz de los enfoques contemporáneos de la teoría de sistemas complejos, donde se reconoce que muchos sistemas sociales emergen de interacciones locales entre múltiples agentes que intercambian información dentro de una red (Holland, 1995; Mitchell, 2009).

Desde esta perspectiva, los procesos culturales pueden entenderse como dinámicas emergentes de sistemas informacionales, en los cuales la circulación de narrativas, símbolos e imaginarios contribuye a la formación de patrones colectivos de significado. En lugar de concebir la cultura como un conjunto estático de tradiciones o representaciones compartidas, la cultura cibernética enfatiza la naturaleza dinámica y adaptativa de los sistemas culturales. Las ideas, los discursos y las representaciones circulan dentro de redes de comunicación que amplifican ciertos patrones informacionales y transforman otros.

Una forma especialmente sugerente de comprender este fenómeno consiste en considerar la cultura como un sistema adaptativo en el que múltiples agentes —individuos, instituciones, tecnologías y medios de comunicación— interactúan generando configuraciones emergentes de significado. En este marco, las infraestructuras tecnológicas desempeñan un papel fundamental al actuar como entornos donde se desarrollan y estabilizan determinadas formas de interacción simbólica. Las plataformas digitales, por ejemplo, funcionan como espacios donde las narrativas culturales pueden propagarse con una rapidez y una escala sin precedentes, generando dinámicas que influyen en la formación de imaginarios colectivos.

Este enfoque encuentra resonancias con las investigaciones contemporáneas sobre sistemas complejos adaptativos, donde se ha mostrado que muchos procesos sociales emergen de la interacción entre múltiples agentes que siguen reglas locales relativamente simples (Holland, 1995). A través de estas interacciones, el sistema puede generar patrones globales de organización que no pueden explicarse únicamente a partir de las propiedades individuales de sus componentes. En el caso de los sistemas culturales, estos patrones emergentes se manifiestan en forma de narrativas colectivas, imaginarios sociales o tendencias culturales que orientan la acción de los individuos dentro del sistema (Vázquez Rodríguez, G. 2025).

Desde esta perspectiva, el interés del CCRU por la relación entre tecnología, narrativa y cultura puede interpretarse como un intento temprano de comprender estas dinámicas emergentes. Aunque los textos producidos por el colectivo no utilizaban explícitamente

el lenguaje de la teoría de sistemas complejos, muchas de sus intuiciones apuntaban hacia una comprensión de la cultura como un campo de interacciones informacionales en constante transformación. La propagación de ideas, la circulación de ficciones tecnológicas y la aparición de nuevos imaginarios culturales pueden entenderse, en este sentido, como manifestaciones de procesos de autoorganización que se desarrollan dentro de redes sociales y tecnológicas cada vez más densas.

Al analizar la cultura desde esta perspectiva, es posible identificar un desplazamiento conceptual significativo. Mientras que los enfoques tradicionales tendían a interpretar los procesos culturales como expresiones de estructuras sociales relativamente estables, la cultura cibernética enfatiza la importancia de los flujos de información y de las dinámicas de interacción que atraviesan dichas estructuras. En este marco, las narrativas culturales no solo reflejan la realidad social, sino que participan activamente en su reorganización mediante procesos de retroalimentación simbólica.

Este punto resulta especialmente relevante para comprender el interés del CCRU por ciertos fenómenos asociados con la circulación de narrativas tecnológicas y futuristas. En muchos casos, estas narrativas no se limitan a describir posibles desarrollos tecnológicos, sino que influyen en las expectativas colectivas y en las decisiones institucionales que orientan la investigación científica y la innovación tecnológica. De esta manera, la cultura cibernética revela cómo las ideas y los imaginarios pueden desempeñar un papel activo en la configuración de los procesos sociales y tecnológicos.

Considerado desde la perspectiva de la complejidad, este fenómeno puede interpretarse como el resultado de dinámicas de retroalimentación que intensifican determinados patrones informacionales dentro de un sistema cultural. Las narrativas que logran circular con mayor intensidad dentro de una red social pueden influir en la forma en que los individuos interpretan su entorno y toman decisiones, generando transformaciones que eventualmente se reflejan en la estructura del propio sistema (Figura 1). Esta interacción entre información, cultura y organización social constituye uno de los aspectos más sugerentes del pensamiento desarrollado en torno al CCRU.

La noción de cultura cibernética ofrece, por lo tanto, un marco conceptual particularmente fértil para analizar las transformaciones culturales asociadas con la expansión de las tecnologías digitales. Al enfatizar la importancia de los flujos de información y de las dinámicas de interacción dentro de redes sociotécnicas, este enfoque permite reinterpretar los procesos culturales como manifestaciones de sistemas complejos en constante reorganización. En las secciones siguientes, esta perspectiva servirá como punto de partida para examinar con mayor detalle algunos de los conceptos desarrollados en el contexto del CCRU, particularmente aquellos relacionados con la circulación de narrativas culturales y su capacidad para generar nuevas configuraciones de imaginario social.

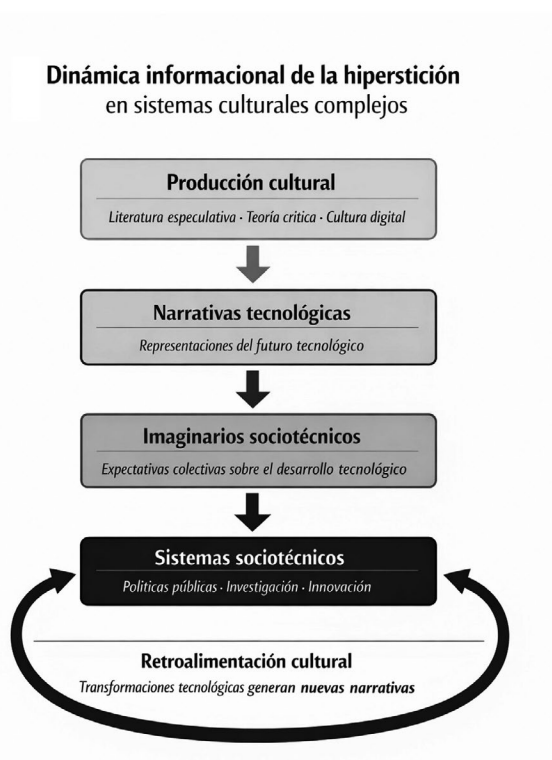


Figura 1. Cultura cibernética como sistema informacional de retroalimentación cultural. El esquema representa la cultura cibernética como un sistema dinámico de circulación de información en el que las infraestructuras tecnológicas posibilitan flujos continuos de datos, narrativas y símbolos que se distribuyen a través de redes de comunicación. En dichas redes interactúan múltiples agentes —humanos, colectivos e infraestructuras sociotécnicas— generando procesos de retroalimentación que amplifican, transforman o estabilizan determinados patrones informacionales. Como resultado de estas dinámicas emergen configuraciones culturales relativamente estables, tales como narrativas colectivas e imaginarios sociales, las cuales, a su vez, influyen en la reorganización del sistema cultural en su conjunto. El modelo ilustra así una lectura sistémica de la cultura contemporánea, en la que los procesos culturales se comprenden como dinámicas emergentes propias de sistemas complejos de información. *Autoría propia.*

4. Producción cultural como sistema de información

Las reflexiones desarrolladas en torno a la cultura cibernética permiten avanzar hacia una comprensión más precisa de los procesos mediante los cuales las configuraciones culturales emergen dentro de entornos sociales altamente interconectados. Si la cultura contemporánea puede interpretarse como un sistema dinámico de circulación de información, resulta entonces necesario examinar con mayor detenimiento cómo se estructuran estos

flujos informacionales y de qué manera participan en la organización de los sistemas culturales. En este sentido, la producción cultural puede analizarse como un proceso sistémico en el que diversos agentes, infraestructuras tecnológicas y narrativas simbólicas interactúan generando patrones colectivos de significado.

La idea de que la cultura se organiza a partir de procesos de información posee antecedentes importantes en distintas tradiciones teóricas. Desde la cibernética clásica hasta los desarrollos posteriores de la teoría de sistemas, diversos autores han señalado que los sistemas sociales dependen de la circulación de información para mantener su organización y adaptarse a las condiciones de su entorno. En la formulación original de Norbert Wiener, los sistemas complejos se caracterizan por la capacidad de procesar información y responder a estímulos mediante mecanismos de retroalimentación que permiten ajustar su comportamiento frente a cambios en el entorno (Wiener, 1948). Este principio, inicialmente formulado para describir sistemas biológicos y mecánicos, fue posteriormente extendido al análisis de sistemas sociales y culturales.

Uno de los desarrollos más influyentes en esta dirección proviene de la teoría de sistemas sociales elaborada por Niklas Luhmann. Para este autor, los sistemas sociales no se constituyen fundamentalmente a partir de individuos o instituciones, sino a partir de procesos de comunicación que se reproducen de manera autopoiética dentro del sistema (Luhmann, 1995). Desde esta perspectiva, la cultura puede entenderse como una configuración particular de procesos comunicativos mediante los cuales circulan significados que orientan la acción social. La estabilidad relativa de un sistema cultural depende, entonces, de la capacidad de sus comunicaciones para reproducirse dentro de redes sociales específicas. Esta interpretación permite comprender los procesos culturales como dinámicas de información en las que distintos elementos simbólicos —narrativas, representaciones, discursos o imaginarios— se propagan dentro de redes de comunicación. Al circular en estas redes, dichos elementos pueden experimentar procesos de transformación, estabilización o intensificación que modifican la estructura del sistema cultural. En otras palabras, la cultura no se limita a almacenar significados preexistentes; funciona como un sistema de producción y reorganización de información.

En el contexto de la cultura digital contemporánea, estos procesos adquieren una intensidad particular debido a la capacidad de las infraestructuras tecnológicas para acelerar la circulación de información. Las redes digitales permiten que narrativas, imágenes o discursos se propaguen con una velocidad y una escala inéditas en la historia de los medios de comunicación. Esta aceleración transforma profundamente las condiciones bajo las cuales se configuran los imaginarios colectivos, generando dinámicas culturales caracterizadas por una mayor complejidad y una mayor sensibilidad a los procesos de retroalimentación. Los enfoques contemporáneos de la teoría de la complejidad ofrecen herramientas conceptuales particularmente útiles para analizar estos fenómenos. En los sistemas complejos adaptativos, los patrones globales de organización emergen a partir de la interacción entre múltiples agentes que intercambian información dentro de una red (Holland, 1995; Mitchell, 2009). A diferencia de los sistemas jerárquicos tradicionales, donde las decisiones se concentran en estructuras centralizadas de control, los sistemas complejos se caracterizan por procesos de autoorganización que surgen de interacciones locales entre los componentes del sistema.

Aplicado al análisis cultural, este enfoque sugiere que muchas configuraciones culturales no son el resultado de un diseño centralizado, sino el producto emergente de múltiples procesos de interacción comunicativa (Irigoyen, Morales y González, 2023). Narrativas colectivas, tendencias culturales o imaginarios tecnológicos pueden surgir a partir de la repetición y transformación de determinados patrones informacionales dentro de una red social. A medida que estos patrones adquieren resonancia mediante procesos de retroalimentación, pueden alcanzar una estabilidad relativa que les permite orientar el comportamiento de los actores dentro del sistema.

En este punto resulta particularmente relevante considerar el papel que desempeñan las narrativas culturales dentro de estos procesos informacionales. Las narrativas no solo transmiten información; también organizan la manera en que los individuos interpretan su entorno social y tecnológico. A través de relatos, metáforas o imaginarios colectivos, las sociedades construyen marcos interpretativos que orientan la acción y permiten coordinar expectativas compartidas. En este sentido, las narrativas culturales pueden entenderse como estructuras informacionales que contribuyen a estabilizar determinados patrones de significado dentro del sistema cultural.

El interés del CCRU por las narrativas tecnológicas y por las ficciones especulativas puede interpretarse precisamente a la luz de esta dinámica. Diversos estudios en sociología de la tecnología han mostrado que las representaciones colectivas del futuro tecnológico no constituyen meras especulaciones culturales, sino marcos interpretativos que orientan decisiones científicas, económicas y políticas vinculadas con la innovación tecnológica (Jasanoff y Kim, 2015; Mosco, 2004). Desde esta perspectiva, la relación entre cultura y tecnología no puede comprenderse como un proceso unidireccional en el que la tecnología determina la cultura; por el contrario, las narrativas sociales sobre el futuro tecnológico influyen activamente en las trayectorias de desarrollo científico y técnico, configurando expectativas colectivas que terminan interviniendo en la organización de los sistemas sociotécnicos (Latour, 2005; Appadurai, 1996).

Desde una perspectiva sistémica, este tipo de procesos puede interpretarse como una interacción entre diferentes niveles de organización dentro del sistema cultural. Diversos enfoques provenientes de la teoría de sistemas y de los estudios sobre complejidad han señalado que los fenómenos sociales emergen de la interacción entre múltiples componentes que intercambian información dentro de redes dinámicas de comunicación (Luhmann, 1995; Holland, 1995). En este contexto, las narrativas culturales pueden circular inicialmente como patrones informacionales dentro de redes comunicativas, donde son reproducidas, transformadas y reforzadas mediante procesos de retroalimentación social. Cuando adquieren mayor resonancia, pueden comenzar a incidir en instituciones, prácticas sociales y decisiones tecnológicas, configurando marcos interpretativos que orientan la acción colectiva (Jasanoff y Kim, 2015; Latour, 2005). De este modo, la información cultural no permanece confinada al ámbito simbólico, sino que puede producir efectos materiales en la organización de los sistemas sociales, participando activamente en la estabilización o transformación de las configuraciones sociotécnicas (Mitchell, 2009; Castoriadis, 1987).

La producción cultural aparece entonces como un proceso dinámico en el que los flujos de información se entrelazan con las estructuras sociales y tecnológicas que posibilitan su

circulación. Las infraestructuras mediáticas, las comunidades de comunicación y las instituciones culturales actúan como entornos donde se desarrollan y estabilizan determinadas configuraciones simbólicas. Al mismo tiempo, estas configuraciones retroalimentan el sistema y generan nuevas condiciones para la producción de significado.

Esta perspectiva permite comprender la cultura como un sistema adaptativo en el que la información circula continuamente entre distintos niveles de organización social. En este marco, las narrativas que logran establecer conexiones resonantes dentro de una red cultural pueden propagarse y transformarse mediante procesos de retroalimentación comunicativa, generando patrones colectivos de interpretación que terminan influyendo en la acción social y en la organización de las instituciones (Castoriadis, 1987; Jasanoff y Kim, 2015). De este modo, la producción cultural puede entenderse como un proceso de emergencia informacional en el que los significados se reorganizan continuamente a través de las interacciones entre múltiples actores y estructuras sociotécnicas. Desde esta perspectiva, los imaginarios sociales pueden interpretarse como configuraciones comunicativas emergentes que articulan los flujos de información dentro de los sistemas sociales, orientando tanto las prácticas colectivas como la materialización de determinados artefactos culturales y de diseño (Vázquez, 2010; Vázquez Rodríguez, 2019; Vázquez, 2022).

En el marco de este análisis, las reflexiones desarrolladas en el contexto del CCRU adquieren un interés particular. Al explorar la relación entre narrativas culturales, tecnologías emergentes y procesos sociales, este colectivo anticipó muchas de las preguntas que hoy ocupan a los estudios sobre cultura digital y complejidad. En particular, su atención hacia la circulación de ficciones tecnológicas dentro de redes culturales ofrece una vía para comprender cómo ciertos patrones informacionales pueden adquirir efectos tangibles en la organización de los sistemas sociales.

Este fenómeno será examinado con mayor detalle en la sección siguiente, donde se analizará uno de los conceptos más influyentes asociados al pensamiento del CCRU: la noción de hiperstición. Este concepto propone que determinadas narrativas culturales pueden adquirir eficacia material a medida que circulan dentro de sistemas informacionales, generando dinámicas de retroalimentación que transforman la realidad social que inicialmente describían. Desde la perspectiva desarrollada en este artículo, la hiperstición puede interpretarse como un caso particular de los procesos mediante los cuales la información cultural participa en la reorganización de sistemas complejos de significado.

5. Hiperstición y emergencia cultural en sistemas informacionales

La reflexión desarrollada en las secciones anteriores permite situar el concepto de hiperstición en un marco analítico más amplio que vincula cultura, información y organización social. Si el análisis del CCRU mostró cómo este colectivo exploró experimentalmente la relación entre narrativas tecnológicas y transformaciones culturales, resulta posible reinterpretar hoy esas intuiciones dentro de un enfoque sistémico que considera la cultura como un entramado dinámico de procesos informacionales. Desde esta perspectiva, la producción cultural no se reduce a un conjunto de representaciones simbólicas estáticas,

sino que constituye un proceso continuo de generación, circulación y reorganización de información dentro de redes sociales de comunicación.

En este contexto, la noción de hiperstición puede comprenderse como un mecanismo particular mediante el cual ciertos contenidos culturales adquieren capacidad performativa dentro del sistema social. El término, introducido en el entorno intelectual del CCRU, fue utilizado para describir aquellas narrativas especulativas que, al circular en redes culturales y mediáticas, contribuyen a producir las condiciones de su propia realización (Land, 2011; Fisher, 2018). Lejos de concebir la ficción como una simple proyección imaginaria desvinculada de la realidad social, este enfoque propone que determinadas representaciones del futuro tecnológico pueden intervenir activamente en la configuración de expectativas colectivas y, por esa vía, influir en la orientación de procesos sociales y tecnológicos. Esta dinámica se vuelve más inteligible cuando se examina desde los estudios contemporáneos sobre imaginarios sociotécnicos. Diversos autores han mostrado que las visiones colectivas del futuro desempeñan un papel decisivo en la organización de proyectos científicos, agendas políticas y estrategias de innovación tecnológica (Jasanoff y Kim, 2015). En este sentido, los imaginarios tecnológicos no constituyen simples narrativas culturales, sino marcos interpretativos compartidos que orientan la acción institucional y estructuran las expectativas colectivas sobre el desarrollo tecnológico. Las representaciones culturales del futuro funcionan, por tanto, como componentes activos dentro de los sistemas sociotécnicos en los que emergen.

A partir de esta perspectiva, la hiperstición puede interpretarse como un proceso específico de dinámica informacional dentro del sistema cultural. Las narrativas especulativas se originan inicialmente en ámbitos culturales —literatura, teoría crítica, comunidades tecnológicas o medios digitales— donde articulan interpretaciones posibles acerca de transformaciones tecnológicas aún incipientes. Cuando dichas narrativas logran insertarse en circuitos comunicativos amplios, pueden comenzar a estabilizarse como marcos de referencia compartidos que influyen en la interpretación colectiva del futuro tecnológico. Este desplazamiento desde la especulación cultural hacia la expectativa social constituye precisamente el punto en el que la ficción comienza a adquirir eficacia sistémica.

Desde el punto de vista de la teoría de la complejidad, este fenómeno puede entenderse como una forma de emergencia cultural mediada por información. En los sistemas complejos adaptativos, los patrones globales de organización no son impuestos desde una instancia central, sino que emergen a partir de múltiples interacciones locales entre los elementos del sistema (Holland, 1995; Mitchell, 2009). En el ámbito cultural, estas interacciones se desarrollan a través de redes de comunicación en las que circulan narrativas, símbolos y representaciones capaces de modificar los marcos interpretativos mediante los cuales los actores sociales comprenden su entorno. Bajo esta lógica, la propagación de ciertos relatos sobre el futuro tecnológico puede contribuir a reorganizar gradualmente las expectativas colectivas que orientan decisiones institucionales y trayectorias de innovación.

Este enfoque permite comprender la relación entre cultura y tecnología como un proceso coevolutivo, en el que las representaciones simbólicas del futuro interactúan con los procesos materiales de desarrollo tecnológico. Las narrativas culturales no solo interpretan las transformaciones técnicas en curso; también participan en la construcción de los

horizontes de posibilidad dentro de los cuales dichas transformaciones adquieren sentido social. En este contexto, la hiperstición puede entenderse como una forma particular de retroalimentación cultural en la que la circulación de ciertos relatos contribuye a reorganizar los marcos de expectativa colectiva que orientan la evolución del sistema sociotécnico. La relevancia de esta interpretación se vuelve especialmente evidente en el contexto de la cultura digital contemporánea. Las infraestructuras informacionales actuales han multiplicado las posibilidades de producción, distribución y recombinación de narrativas culturales, creando entornos comunicativos caracterizados por una intensa circulación de información simbólica. En estos entornos, determinadas representaciones del futuro tecnológico pueden adquirir una visibilidad considerable y convertirse en puntos de referencia dentro de comunidades científicas, empresariales o culturales. La interacción entre redes digitales, imaginarios tecnológicos y procesos de innovación configura así un espacio donde las narrativas especulativas pueden desempeñar un papel significativo en la orientación de las transformaciones sociotécnicas.

Consideradas desde esta perspectiva, las exploraciones teóricas desarrolladas en el entorno del CCRU adquieren una relevancia renovada para el análisis de la cultura contemporánea. Al examinar la relación entre ficción especulativa, tecnologías emergentes y transformaciones culturales, los autores vinculados a este colectivo anticiparon algunas de las dinámicas que caracterizan hoy la circulación de información en sistemas culturales altamente interconectados. Aunque sus planteamientos adoptaron con frecuencia un lenguaje experimental o provocador, muchas de sus intuiciones pueden reinterpretarse como una reflexión temprana sobre la naturaleza informacional de la cultura en la era de las redes digitales.

Esta reinterpretación permite integrar el concepto de hiperstición dentro de un marco teórico más amplio que articula estudios culturales, teoría de la complejidad y análisis de imaginarios sociales. Bajo este enfoque, las narrativas culturales no se consideran únicamente como expresiones simbólicas de procesos sociales, sino como componentes activos dentro de sistemas complejos de comunicación. La cultura aparece, así como un sistema adaptativo en el que los significados circulan, se transforman y se reorganizan continuamente a través de interacciones entre múltiples actores, instituciones y estructuras comunicativas.

En consecuencia, la hiperstición puede comprenderse como una manifestación particular de los procesos mediante los cuales la información cultural participa en la configuración de los sistemas sociales (Figura 2). Al describir la manera en que ciertas narrativas especulativas pueden intervenir en la reorganización de expectativas colectivas, este concepto ofrece una herramienta analítica para examinar la interacción entre imaginarios culturales y transformaciones sociotécnicas. Desde esta perspectiva, las dinámicas de producción simbólica que caracterizan a la cultura contemporánea pueden interpretarse como procesos emergentes que se desarrollan dentro de sistemas informacionales complejos, donde la circulación de narrativas desempeña un papel fundamental en la configuración de los horizontes de futuro que orientan la acción social.

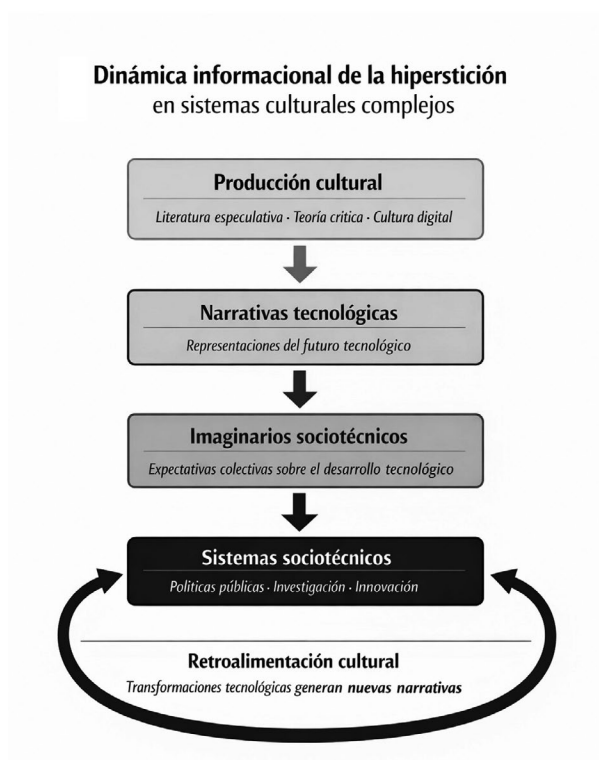


Figura 2. Dinámica informacional de la hiperstición en sistemas culturales complejos. El esquema representa el proceso mediante el cual ciertas narrativas culturales relacionadas con el futuro tecnológico circulan dentro de redes de producción simbólica, transformándose progresivamente en imaginarios sociotécnicos que influyen en la organización de sistemas sociotécnicos concretos —como políticas públicas, agendas de investigación o procesos de innovación tecnológica—. A su vez, las transformaciones tecnológicas resultantes generan nuevas narrativas culturales que retroalimentan el sistema, configurando un ciclo de amplificación informacional característico de la cultura cibernética contemporánea. Este proceso puede interpretarse, desde la perspectiva de los sistemas complejos adaptativos, como una dinámica de emergencia cultural en la que la información simbólica participa activamente en la reorganización de las estructuras sociales y tecnológicas. *Autoría propia.*

Conclusiones

El recorrido desarrollado a lo largo de este artículo ha permitido situar el pensamiento de la *Cybernetic Culture Research Unit* dentro de un marco interpretativo que articula teoría cultural, estudios sociotécnicos y enfoques provenientes de la teoría de sistemas y la complejidad. Lejos de entender al CCRU únicamente como un episodio singular dentro de la historia intelectual de la década de 1990, el análisis realizado sugiere que su producción

teórica puede interpretarse como una exploración temprana de los procesos culturales asociados con la creciente interdependencia entre información, tecnología y organización social.

El examen del contexto intelectual en el que surge el CCRU mostró cómo este colectivo se nutrió de diversas tradiciones teóricas —particularmente de la filosofía deleuziana, la cibernética y los estudios emergentes sobre cultura digital— para formular una aproximación experimental a las transformaciones culturales vinculadas con las nuevas infraestructuras informacionales. A través de esta convergencia conceptual, los autores asociados a este espacio de investigación comenzaron a explorar la manera en que las narrativas culturales, las tecnologías emergentes y los procesos sociales se entrelazan dentro de entornos comunicativos cada vez más densos y distribuidos.

En este sentido, el concepto de cultura cibernética aparece como una clave interpretativa particularmente útil para comprender el horizonte intelectual en el que se inscriben estas reflexiones. La cultura cibernética no se limita a describir la presencia de tecnologías digitales en la vida social; propone una forma de interpretar los procesos culturales a partir de las dinámicas de información, comunicación y retroalimentación que atraviesan los sistemas sociotécnicos contemporáneos. Desde esta perspectiva, la cultura puede entenderse como un sistema dinámico en el que circulan narrativas, símbolos y representaciones capaces de reorganizar continuamente los marcos interpretativos mediante los cuales las sociedades comprenden su entorno.

El análisis desarrollado en este trabajo ha permitido mostrar que muchas de las intuiciones presentes en los textos del CCRU pueden ser reinterpretadas a la luz de los enfoques contemporáneos de la teoría de la complejidad. En particular, la atención que este colectivo otorgó a la circulación de narrativas tecnológicas, a la propagación de imaginarios culturales y a la interacción entre redes informacionales y estructuras sociales guarda una afinidad notable con las investigaciones que describen los sistemas culturales como sistemas complejos adaptativos. En estos sistemas, los patrones globales de organización emergen a partir de la interacción entre múltiples actores y estructuras comunicativas, generando configuraciones culturales que no pueden explicarse únicamente a partir de decisiones individuales o de estructuras institucionales aisladas.

Dentro de este marco interpretativo, la noción de hiperstición adquiere un significado particular. Más allá de su formulación original en el contexto del CCRU, puede entenderse como un ejemplo de las dinámicas mediante las cuales ciertos patrones informacionales logran circular con suficiente intensidad dentro de redes culturales como para producir efectos tangibles en la organización de los sistemas sociales. Las narrativas especulativas sobre tecnologías emergentes, al insertarse en entornos comunicativos cada vez más interconectados, contribuyen a configurar expectativas colectivas que inciden en decisiones institucionales, orientaciones científicas y procesos de innovación tecnológica. De este modo, la información cultural no permanece confinada al ámbito simbólico, sino que participa activamente en la reorganización de las configuraciones sociotécnicas.

A partir de las consideraciones anteriores, resulta posible afirmar que el análisis realizado en este artículo respalda el postulado teórico planteado en la introducción. La producción intelectual desarrollada en el contexto del CCRU puede interpretarse como un laboratorio epistemológico que anticipa una comprensión de la cultura contemporánea como

un sistema complejo adaptativo de producción simbólica. En este sistema, las narrativas culturales, los imaginarios tecnológicos y las infraestructuras informacionales interactúan generando dinámicas de retroalimentación que contribuyen a la emergencia de nuevas configuraciones culturales.

Esta interpretación permite situar el pensamiento del CCRU dentro de una conversación teórica más amplia que involucra tanto los estudios de complejidad como las investigaciones sobre imaginarios sociotécnicos y comunicación cultural. Al considerar la cultura como un sistema informacional en constante reorganización, resulta posible comprender con mayor precisión cómo determinados discursos, representaciones o ficciones especulativas pueden adquirir una influencia significativa en la orientación de procesos sociales y tecnológicos.

En última instancia, el enfoque desarrollado en este artículo sugiere que la cultura cibernética constituye un campo privilegiado para analizar las transformaciones culturales asociadas con la expansión de las redes informacionales contemporáneas. Las infraestructuras digitales no solo han modificado los modos de producción y circulación de información; también han intensificado las dinámicas mediante las cuales los imaginarios colectivos se forman, se transforman y se estabilizan temporalmente dentro de sistemas culturales complejos.

Comprender estas dinámicas resulta fundamental para el estudio de los procesos culturales en la era de las redes digitales. En un contexto caracterizado por la aceleración de los flujos informacionales y por la creciente interdependencia entre tecnología, comunicación y organización social, el análisis de las narrativas culturales y de su circulación dentro de sistemas sociotécnicos complejos se convierte en una herramienta clave para interpretar las transformaciones contemporáneas de la cultura.

En este sentido, el pensamiento desarrollado en torno al CCRU puede ser reconsiderado no solo como una experiencia intelectual singular, sino como una contribución anticipatoria a los debates actuales sobre la relación entre información, tecnología y cultura. Al situar estas reflexiones dentro del marco de la teoría de la complejidad, el presente trabajo abre una vía para reinterpretar los procesos culturales contemporáneos como dinámicas emergentes que se desarrollan dentro de sistemas informacionales en constante transformación. Esta perspectiva ofrece, además, un punto de partida para futuras investigaciones orientadas a examinar con mayor detalle la relación entre imaginarios culturales, diseño y organización social dentro de los sistemas complejos que configuran la cultura contemporánea.

Notas

1. El término filosofía continental se utiliza habitualmente para referirse a un conjunto heterogéneo de corrientes filosóficas desarrolladas principalmente en Europa continental desde finales del siglo XIX, incluyendo tradiciones como la fenomenología, el existencialismo, la teoría crítica, el estructuralismo y el postestructuralismo. A diferencia de la filosofía analítica anglosajona —que privilegia el análisis lógico del lenguaje y la argumenta-

ción formal—, la filosofía continental suele centrarse en problemas históricos, culturales y existenciales relacionados con la subjetividad, el poder, la técnica y la organización simbólica de la sociedad. Autores como Friedrich Nietzsche, Martin Heidegger, Michel Foucault y Gilles Deleuze han sido especialmente influyentes dentro de esta tradición. En el caso de la Cybernetic Culture Research Unit (CCRU), las ideas provenientes del postestructuralismo francés —particularmente las propuestas de Deleuze y Guattari sobre multiplicidad, rizoma y procesos no lineales— ejercieron una influencia decisiva en la configuración de su marco conceptual (Deleuze & Guattari, 1987; Gutting, 2001; Land, 2011).

2. El término *theory-fiction* se utiliza para describir una modalidad de escritura híbrida que combina reflexión teórica, especulación filosófica y recursos narrativos propios de la ficción. Esta práctica discursiva fue desarrollada particularmente en el contexto de la Cybernetic Culture Research Unit (CCRU) durante la década de 1990, donde diversos autores experimentaron con formas de producción conceptual que desdibujaban la frontera entre análisis académico y narración especulativa. A diferencia de la teoría tradicional, que busca describir o explicar fenómenos ya existentes, la *theory-fiction* emplea dispositivos narrativos, imaginarios tecnológicos y escenarios hipotéticos como herramientas para explorar procesos culturales emergentes y anticipar posibles configuraciones futuras. En este sentido, la ficción no opera únicamente como un recurso literario, sino como un procedimiento metodológico capaz de intervenir en la producción misma de conceptos y marcos interpretativos. Diversos estudios han señalado que este tipo de escritura refleja una sensibilidad teórica asociada con la cultura digital y con los entornos informacionales contemporáneos, donde la circulación de narrativas especulativas puede influir activamente en la configuración de imaginarios sociotécnicos (Land, 2011; Fisher, 2018; Mackay, 2012).

Bibliografía

- Appadurai, A. (1996). *Modernity at large: Cultural dimensions of globalization*. University of Minnesota Press.
- Bateson, G. (1972). *Steps to an ecology of mind*. University of Chicago Press.
- Castoriadis, C. (1987). *The imaginary institution of society*. MIT Press.
- Creswell, J. W., & Creswell, J. D. (2018). *Research design: Qualitative, quantitative, and mixed methods approaches* (5th ed.). SAGE.
- DeLanda, M. (1997). *A thousand years of nonlinear history*. Zone Books.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1983). *Anti-Oedipus: Capitalism and schizophrenia*. University of Minnesota Press.
- Deleuze, G., y Guattari, F. (1987). *A thousand plateaus: Capitalism and schizophrenia*. University of Minnesota Press.
- Fisher, M. (2018). *Flatline constructs: Gothic materialism and cybernetic theory-fiction*. Exmilitary / Urbanomic.
- Gutting, G. (2001). *French philosophy in the twentieth century*. Cambridge University Press.
- Holland, J. H. (1995). *Hidden order: How adaptation builds complexity*. Addison-Wesley.

- Irigoyen, L., Morales, A., y González, E. O. (2023). Re-significación de principios y conceptos sistémicos en Diseño. *Cuadernos del Centro de Estudios de Diseño y Comunicación*, 26(204), 65-80. <https://doi.org/10.18682/cdc.vi204.9767>
- Jasanoff, S., & Kim, S.-H. (Eds.). (2015). *Dreamscapes of modernity: Sociotechnical imaginaries and the fabrication of power*. University of Chicago Press.
- Land, N. (2011). *Fanged noumena: Collected writings 1987–2007*. Urbanomic.
- Latour, B. (2005). *Reassembling the social: An introduction to actor-network-theory*. Oxford University Press.
- Luhmann, N. (1995). *Social systems*. Stanford University Press.
- Mackay, R. (Ed.). (2012). *Collapse III: Unknown decomposition*. Urbanomic.
- Mitchell, M. (2009). *Complexity: A guided tour*. Oxford University Press.
- Morales-Holguín, A. (2019). Construcción del imaginario de una ciudad mediante tecnologías digitales. *Revista Mouseion*, (34), 77-89. <https://doi.org/10.18316/mouseion.v0i34.5673>
- Morin, E. (2008). *On complexity*. Hampton Press.
- Mosco, V. (2004). *The digital sublime: Myth, power, and cyberspace*. MIT Press.
- Plant, S. (1997). *Zeros + ones: Digital women and the new technoculture*. Fourth Estate.
- Vázquez, G. (2010). *El cuanto de diseño, nodo de configuración entre el imaginario y la ciudad red*. Revista Contexto, Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Vázquez Rodríguez, G. (2019). *Posibilidades teóricas para el estudio de la complejidad y los sistemas adaptativos*. Labyrinthos Editores / UANL / Universidad Abierta de Colombia.
- Vázquez, G. (2022). Sistemas complejos adaptativos y diseño disruptivo de la migración haitiana. En G. Vázquez Rodríguez (Ed.), *Diseño y complejidad: utopías, ideales y paradigmas*. Labyrinthos Editores / UANL.
- Vázquez Rodríguez, G. (2025). Pensar el diseño desde la complejidad y lo imaginario. Universidad Autónoma de Nuevo León. <https://eprints.uanl.mx/27931/>
- Wiener, N. (1948). *Cybernetics: Or control and communication in the animal and the machine*. MIT Press.

Abstract: This article examines the intellectual production of the *Cybernetic Culture Research Unit* (CCRU) as a relevant precursor for understanding contemporary culture from the perspective of complex adaptive systems. Through a critical review of the literature and a conceptual analysis, the study proposes a reinterpretation of several insights developed by this collective—particularly the notion of hyperstition—within a theoretical framework that articulates complexity theory, sociotechnical studies, and social imaginaries. The analysis shows that cultural narratives associated with technological futures do not operate merely as symbolic representations, but as informational configurations capable of influencing the organization of collective expectations and the trajectories of technological development. From this perspective, culture can be understood as a dynamic informational system in which narratives, symbols, and imaginaries circulate and actively participate in the reorganization of sociotechnical systems. In this sense, the article

argues that the work of the CCRU anticipated an understanding of cybernetic culture as an environment characterized by intense feedback dynamics between information, technology, and social organization. Finally, it is argued that integrating these reflections with contemporary approaches in complexity theory enables the development of more robust analytical tools for studying the interaction between cultural imaginaries, technological innovation, and social transformation.

Keywords: cybernetic culture - hyperstition - sociotechnical imaginaries

Resumo: Este artigo examina a produção intelectual da *Cybernetic Culture Research Unit* (CCRU) como um antecedente relevante para compreender a cultura contemporânea a partir da perspectiva dos sistemas complexos adaptativos. A partir de uma revisão crítica da literatura e de uma análise conceitual, o trabalho propõe reinterpretar algumas das intuições desenvolvidas por esse coletivo — particularmente a noção de hiperstição — dentro de um marco teórico que articula teoria da complexidade, estudos sociotécnicos e imaginários sociais. A análise mostra que as narrativas culturais associadas ao futuro tecnológico não operam apenas como representações simbólicas, mas como configurações informacionais capazes de influenciar a organização das expectativas coletivas e as trajetórias de desenvolvimento tecnológico. Nessa perspectiva, a cultura pode ser compreendida como um sistema informacional dinâmico no qual circulam narrativas, símbolos e imaginários que participam ativamente da reorganização dos sistemas sociotécnicos. Nesse sentido, o artigo sustenta que o trabalho da CCRU antecipou uma compreensão da cultura cibernética como um ambiente caracterizado por intensas dinâmicas de retroalimentação entre informação, tecnologia e organização social. Por fim, argumenta-se que a integração dessas reflexões com as abordagens contemporâneas da teoria da complexidade permite desenvolver ferramentas analíticas mais robustas para estudar a interação entre imaginários culturais, inovação tecnológica e transformação social.

Palavras-chave: cultura cibernética - hiperstição - imaginários sociotécnicos

[Las traducciones de los abstracts fueron supervisadas por el autor de cada artículo.]

Gerardo Vázquez Rodríguez. Doctor en Arte por la Universidad Autónoma de Barcelona. Profesor-Investigador en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Autónoma de Nuevo León, México. Investigador Nacional CONAHCYT SNII Nivel II. ORCID <https://orcid.org/0000-0002-7076-8790> gerardo.vazquezrd@uanl.edu.mx - gerardo7vazquez@gmail.com